

# La adúltera

*Gonzalo Rojas*

Pienso y pienso qué haré con esta adúltera de esas que  
salen en la Biblia y al tercero día  
–una vez perdonadas– comen semen  
de máquina porque también hay semen de máquina,  
testículos  
de máquina, orgasmo fluvial y  
cerebral de máquina, ¿qué haré con esta adúltera?

–Ámala

me dicen las estrellas, ámala  
por bestia bestial, por rajada y bailada en el arenal  
del desamparo, ámala, apedreada y todo, ámala por  
violada y vuelta a violar, por azucena  
blanca y ensangrentada, por perdida ámala, por  
eso y más. Ahí  
va la foto: un metro setentamente carnal  
para confirmar el mito, dos  
ancas de parir y, ya más cerca, una muchacha  
preciosa si se atiende al espectáculo  
del baño, recién mojado el pelo alto, aireada  
la fragancia de la nuca, limpia  
de pecado, gozosa y  
deseosa, estremecida aún por ese olor  
a hombre, trizada, aullada por el rigor del vidrio,  
y el espejo, el espejo.

Y el gran Tao cortante: –No, no te encandiles  
con esa loca, liviandades son liviandades, no escribas en la  
arena  
ningún perdón, percances son percances pero lo indisoluble  
a escala de alquimia  
no es soluble, toda adúltera

pide adúltero. No : casorio llega a velorio  
 y más allá y el juego exige ritmo hondo a babor  
 y a estribor. Además no hay además, dos  
 es dos y uno uno. De repente hay Dios  
 y funciona.

Funciona para qué solloza allá lejos el clarinete del jazz  
 de los negros de New Orleans [paréntesis, mi lector:  
 ¿sabía usted  
 que el vocablo jazz es semen en la tonalidad afectiva de  
 los negros?]

Sigo: funciona, funciona pavoroso para qué entre el  
 estruendo y el remolino convulso, ¿para qué entre el  
 estruendo y el remolino convulso, ¿para qué entonces  
 ese Dios?, insiste el instrumento. Él es Él. A tu trompeta  
 (vuelve a insistir)

ámala, a tu muchacha ensangrentada que es tu música  
 ámala,

a tu concupiscencia cerebral, a tu  
 libertina, no

transes. Habrá Dios

pero ¿dónde anda Dios? Son las 3 de

la madrugada y el avión a Chicago se va a estrellar, mi

Dios ¿dónde andará mi Dios?

Pienso y pienso: ¿o lo que prevalece es el comercio de los  
 denarios

pertilentes, Pound?, ¿esa ráfaga bancaria que va pudriendo  
 el planeta

cada minuto? ¿O nunca hubo Dios, o

el Dios que hubo era perro? ¿dónde queda Irak?,

putidoncella mía ¿dónde queda Irak, adúltera

mía, alma

mía, ¿dónde queda Irak?

—Oleaje, puro oleaje, no es que haya sido infiel,

cierra aquí la adúltera de un tajo: el casorio

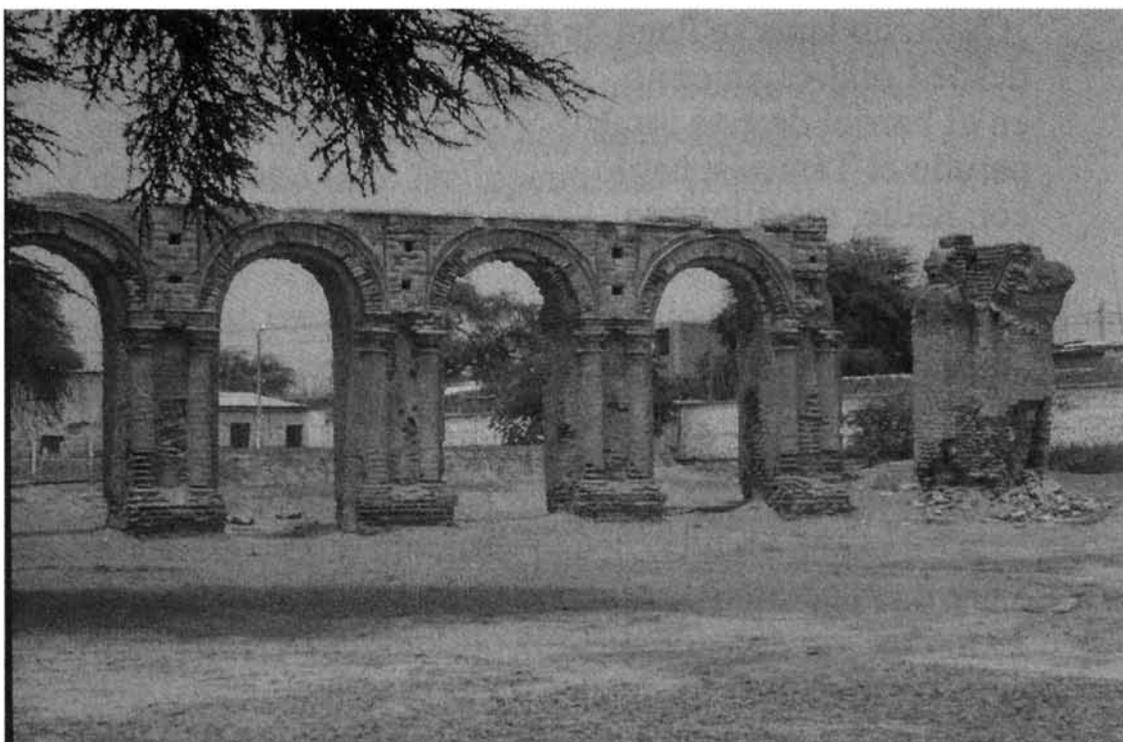
con la eternidad

nunca fue mi fuerte.

¿Quién no lame la llaga de haber sido? Saludos  
desde Londres, duermo  
en el barril de este arrabal  
pasado el Támesis, hablo  
con nadie, me alimento  
de moscas.



Iglesia de San Agustín, Saña, Bóvedas



Iglesia de San Agustín, Saña. Restos del claustro